

Ficha de profundización 4



Mes de la Biblia 2025

Chile: una casa para todos

Ficha 4

La oración cristiana: orar por Chile

1. Motivación

Jesús: enséñanos a orar

¿Qué es la oración? “No es otra cosa (...), sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama” (Santa Teresa de Ávila). “Es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como en la alegría” (Santa Teresa del Niño Jesús). “Es el aliento de la fe, es su expresión más adecuada. Como un grito que sale del corazón de los que creen y se confían a Dios” (Papa Francisco). Estas definiciones hablan de una comunicación profunda y personal, de una intimidad que se expresa en la alegría y en el dolor, con una absoluta confianza en ese Dios en el que creemos.

El Antiguo Testamento está lleno de hermosos testimonios de personajes que se comunicaban con Dios y mediante la oración expresaban su adhesión de fe. Así, por ejemplo, Abraham en Génesis 18,23ss; Moisés en Deuteronomio 3,23ss; Aarón en Números 6,22ss; o Miriam en Éxodo 15,19ss. Los profetas por su parte, conscientes de su misión –muchas veces conflictiva–, manifiestan la importancia de la oración (cf. Amós 7,2; Isaías 33,2; Jeremías 10,23) y toda la colección de oraciones reunidas en los Salmos (cf. especialmente Salmo 3; 4; 5; 6; 8; 12; 22; 24 y 51). De esta forma, la oración se presenta como el testimonio humano de las experiencias creyentes en un Dios cercano, en las más diversas circunstancias de la vida. Dios actúa en medio de la historia, acompañando el devenir del pueblo, porque el ser humano es parte de plan salvífico de Dios. Se vive la experiencia de Dios en el día a día y así van apareciendo distintos tipos de oración, de súplica, de alabanza, de acción de gracias, etc.

En el Nuevo Testamento los primeros cristianos perseveraban unidos en la oración con María (Hechos 1,14). Esteban en el momento de su martirio reza pidiendo que Dios reciba su espíritu y que perdone a sus asesinos (Hechos 7,59-60). San Pablo por su parte, pide a la comunidad que ore por él, por su misión (Romanos 15,30-31); invita a llevar una vida espiritual mediante la recitación de salmos, himnos y cánticos, orando, suplicando y dando gracias a Dios (Efesios 5,19-20; Filipenses 4,6-7). Esta nutrida práctica en la oración revela una vida espiritual profunda de estas primeras comunidades, fundada en el testimonio orante del Maestro. De él aprendieron a orar de una manera nueva.

Jesús enseña a orar mediante el Padrenuestro (Lucas 11,2-4); en el momento de su pasión, en el huerto Getsemaní, ora con tristeza pidiendo hacer la voluntad del Padre (Marcos 14,32-39); ora intercediendo al Padre por la resucitación de Lázaro (Juan 11,40-44); pide por sus discípulos y los demás para que “*todos sean uno*” (Juan 17,15-23); ora con los salmos en el momento crítico antes de su muerte en la cruz (Marcos 15,34).

Lectura del texto, la oración del Padrenuestro: Mateo 6, 9-13

Meditación a la luz de la Palabra

El Nuevo Testamento nos presenta dos versiones del Padrenuestro, la primera en Mateo 6,9-13 y la segunda en Lucas 11,2-4.

Mateo 6,9-13	Lucas
Padre nuestro, que (estás) en los cielos,	Padre,
Santificado sea el nombre tuyo.	Santificado sea tu nombre,
Venga el reinado tuyo,	Venga tu Reino,
Hágase la voluntad tuya, como en el cielo, también sobre la tierra.	
El pan nuestro del día danos hoy.	Danos cada día el pan que necesitamos,
Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a los que nos deben;	Perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben,
Y no nos pongas a prueba sino que líbranos del mal [del malo].	y no nos pongas a prueba.

La versión de Mateo es la más larga, con siete peticiones; la de Lucas en cambio sólo presenta cinco. Tanto Mateo como Lucas la sitúan en un contexto de enseñanza de Jesús hacia sus discípulos acerca de cómo ellos deben orar.

Examinando el texto de Mateo podemos observar que el Padrenuestro se ubica en el centro de la sección denominada el “sermón de la montaña” que va desde el capítulo 5 al capítulo 7. El capítulo 6 presenta un conjunto de enseñanzas relativas a la limosna, la oración y el ayuno. Es en esta sección central donde está inserto el Padrenuestro, con una estructura consistente en una invocación, tres peticiones y luego cuatro peticiones, para totalizar siete. Así tenemos:

Padre nuestro que (estás) en los cielos. Con esta invocación comienza la oración de Jesús. Cuando tratamos a Dios de “Padre” nos reconocemos como sus hijos, dependientes de Él. Jesús muestra una relación especial con el Padre, una verdadera relación filial, y no sólo figurada de un Dios Padre como era en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 32,6; Isaías 64,8; Salmo 68,5).

Sin embargo, al título relacional “Padre” (“*Abba*” = “papá”) de Lucas, Mateo agrega dos elementos adicionales. En primer lugar, el calificativo “**nuestro**”, “de nosotros”, lo que resalta que no se trata de una oración personal, individual, sino de la oración fundamental de la comunidad cristiana. Al decir “nuestro” nos reconocemos automáticamente no sólo como hijos e hijas, sino también y como consecuencia inevitable, como **hermanos** y **hermanas**, y, por lo tanto, esencialmente **iguales**, con exactamente los mismos privilegios y los mismos derechos. Como afirma categóricamente san Pablo en su carta a los Gálatas 3,28: “*Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús*”. Pablo, siendo judío, hace una afirmación revolucionaria en un contexto cultural profundamente machista, y donde la superioridad judía en relación con los demás pueblos, por ser el pueblo elegido por Dios, era un dato indiscutible. Resulta increíble pensar que recién en el siglo XX estas palabras de Pablo comienzan a concretarse en lo relativo a la equidad de género.

Hay que reconocer que los seres humanos tenemos una enorme facilidad para establecer diferencias, y pensar que el grupo al que pertenezco es superior y tiene más derechos que los demás grupos, de los que desconfío y a los que desprecio. Muchas veces esto lleva al extremo de incluso pretender exterminar a los otros, hacerlos desaparecer, estableciendo quién merece y quién no merece vivir. ¿Qué otras categorías se podrían agregar a la enumeración de san Pablo en nuestro Chile actual? Ni izquierda ni derecha, ni comunistas ni fascistas, ni chilenos ni migrantes, ni “normales” ni “diversos”, ni educados ni ignorantes, ni ricos ni pobres. Esto no quiere decir que no haya diferencias, pero frente a Dios esas diferencias no nos otorgan privilegios ni más derechos, ni nos hacen superiores o inferiores. Se trata de una invitación a mirarnos desde la fe, en la cual nos reconocemos todos hijos e hijas de Dios.

El Padrenuestro no es un simple peticionario para que Dios nos conceda ciertas cosas, sino que es una oración que se nos devuelve como un bumerang comprometiéndonos como comunidad a pensar y actuar en modo cristiano, fraterno.

El segundo elemento que añade Mateo es la referencia a **los cielos**. Los cielos son el lugar de Dios, donde Él reina y se cumple totalmente lo que dispone, a diferencia de la tierra, donde los seres humanos suelen oponerse a los designios divinos. Hay que recordar que san Mateo dirigiéndose a cristianos provenientes del judaísmo, no habla de Reino o Reinado “de Dios”, sino que “de los cielos”, que en la práctica es lo mismo. Afirmar a Dios como padre y situarlo en el cielo, son dos ideas ya presentes en las oraciones judías del entorno de Jesús. Sin embargo, es una advertencia para no divinizar a nadie sobre la tierra. En el mismo sentido nos

advierte Mateo 23,8s: “Ustedes no dejen que los llamen ‘Rabbí’, porque uno solo es su maestro, y ustedes son todos hermanos, ni llamen a nadie su ‘Padre’ en la tierra, porque uno solo es su padre en el cielo”. Es relevante esta conciencia de que ni el César, ni el emperador son Dios, porque éste está siempre “más allá”, en los cielos. Dios es cercano, pero siempre distinto del mundo, soberano, poderoso, trascendente.

Las tres peticiones que siguen, “**santificado el nombre tuyo**, “**venga el reinado tuyo**” y “**Hágase la voluntad tuya, como en el cielo, también sobre la tierra**”, son en realidad tres maneras de pedir lo mismo: que sea Dios nuestro Rey, que su nombre sea respetado, que Él gobierne. Esto es, que nosotros hagamos lo que Él dice. Pero al pedir que Él reine, los cristianos decimos que aceptamos vivir con los criterios y de acuerdo a ese reinado. En otras palabras, para nosotros la Señoría de Dios es dejarnos conducir por su Santo Espíritu y los frutos del Espíritu que son: “*amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí*” (Gálatas 5,22-23). Por lo tanto, son tres peticiones que, al igual que la invocación inicial, al rezarlas nos mueven y comprometen. Si formulamos estas peticiones, es porque estamos dispuestos a reconocer y querer a Dios Padre como nuestro Rey y Señor.

El pan nuestro del día danos hoy. Aquí comienza la segunda parte del Padrenuestro. Esta cuarta petición es por el pan diario, refiriéndose con bastante probabilidad al pan que se entregaba al final del día en pago a los trabajadores, especialmente en el campo. La traducción es difícil, podría ser algo así como “el pan correspondiente o el pan que nos corresponde”, pero también “la paga” del día. El pan simboliza la precariedad del ser humano, no somos perfectos ni autosuficientes, somos seres necesitados. “*Imaginemos esta oración rezada no en la seguridad de un apartamento cómodo, sino en la precariedad de una habitación en la que uno se las arregla, donde falta lo necesario para vivir*” (Papa Francisco). Dios se ocupa de estas necesidades básicas porque nunca nos abandona, y el Padrenuestro es una expresión de confianza en esa providencia divina. La petición en plural (el pan nuestro - a nosotros) implica que no es una petición individual, que las necesidades de unos son las de todos. Jesús enseña así a la comunidad a poner las necesidades de todos en las manos del Padre.

Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a los que nos deben. El texto de Mateo dice “perdona nuestras deudas”, mientras que Lucas “perdona nuestros pecados”. Pero ambos términos están muy relacionados ya que en la mentalidad semita de la época “deuda” no era solo considerado un asunto económico, sino que el término implicaba una falta moral y “pecado”. Se trataba de una deuda hacia Dios y hacia el prójimo. Es por eso la versión de Lucas comienza diciendo “perdona nuestros pecados y termina diciendo “porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben”. En Mateo entonces, deudadeudores tiene el sentido de falta, ofensa cometida.

El pueblo de Israel que pide el perdón de Dios, porque es misericordioso, ya ha experimentado en el pasado esa misericordia y perdón constante: “Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso y compasivo, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad” (Éxodo 34,6). Esta suplica implica también una actitud concreta por parte del

creyente a abrirse al perdón, es decir, se trata de un movimiento vertical (Dios perdonar) y de otro horizontal: hay que perdonar previamente (Mateo: “***hemos perdonado***”) a ***todos*** los que nos hayan ofendido (Lucas). Recordemos en esto la respuesta de Jesús respecto a cuántas veces se debe perdonar las ofensas: “*no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete*” (Mateo 18,22).

Y no nos pongas a prueba. En la sexta petición, delante situaciones pecaminosas y tentaciones a obrar el mal, los creyentes piden no quedar solos. Dios nos conoce y nos ayuda en aquellos momentos de debilidad. San Pablo reconoce muy bien estos momentos cuando dice “*no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago*” (Romanos 7,19). Esta dramática realidad humana tiene la ayuda de Dios, Él puede hacer que se superen las tentaciones que conducen a la infelicidad y al pecado. Jesús más adelante, en el contexto de su pasión, vuelve a enseñar a sus discípulos: “*velen y oren para no caer en tentación*” (Mateo 26,41).

Y libranos del mal. La última petición, ausente en Lucas, enseña a pedir líbranos del “malo” (griego ***ponerós***). “Malo”, “maligno” o “mal”, lo contrario a Dios, a la bondad.